



¡RECUPEREMOS LA ILUSIÓN!

Manifiesto del Partido Popular de Chile

Febrero de 2023

El 18 de octubre de 2019 se abrió un proceso de cambio en Chile que difusamente vislumbraba una mayoría social nueva, en contra de las élites tradicionales que habían utilizado las crisis económicas, políticas y territoriales como excusa para desplegar una ofensiva oligárquica anti-derechos. A dicha ofensiva, respondía la masiva y mayoritaria movilización que fue capaz de dicotomizar la sociedad entre la gente común y una élite privilegiada, entre el país real y el país oficial. En medio de esta crisis del modelo neoliberal (impuesto por la dictadura y luego administrado por el consenso de la transición), se abría una ventana de oportunidad para seguir abriendo brecha en el plano institucional, aceptando un terreno de juego adverso y un ciclo electoral que parecía nunca acabar, pero con la posibilidad de avanzar posiciones en el Estado para las y los de abajo.

Hoy, a más de 3 años de aquel acontecimiento, podemos sostener que Chile atraviesa momentos de incertidumbre. Llamados a unidades vacías, sin la gente que lo inició todo. Un proceso constituyente que no termina de cuajar, a la medida de expertos, sus partidos y sus ideas ilustradas; mientras a la ciudadanía, sus ideas, necesidades y aspiraciones las dejan en lista de espera (una vez más). La postergación de las urgencias sociales por privilegiar una agenda necesaria pero imperceptible cuando el miedo y el encarecimiento de la vida azotan los hogares de las familias, una renuncia a la batalla cultural en beneficio de una pretendida moderación que sólo beneficia al status quo que se sostiene sobre la radical idea de que cada cual se rasque con sus propias uñas perpetuando un sistema de privilegios para pocos que se sostiene sobre los hombros de los muchos. En ese contexto de disconformidad con la realidad, tomar palco no es una alternativa, entendemos que la organización de la vida se decide en el campo político, en ese sentido la política es un deber y un derecho. Un aprendizaje de este corto ciclo destituyente y constituyente: la sociedad va muy por delante de sus representantes y sus élites económicas y políticas.

Enarbolar la bandera de un Partido Popular, nace de la necesidad de construir un partido que se parezca a Chile, ese país diverso y alegre, patriótico y revolucionario, feminista y ecologista, con los pies en el presente y la mirada en el futuro. Asumimos el compromiso absoluto por construir organización y reivindicar la militancia como aquella filosofía de nuestro tiempo en virtud de la cual la responsabilidad de cambiar todo lo que deba ser cambiado no es un acto de delegación y desentendimiento sino una práctica colectiva permanente.

A contrapelo del capitalismo desenfrenado que lastimosamente hoy muchas y muchos pretenden humanizar, que nos ha despojado de la posibilidad de construir un futuro justo y digno para todas y todos. Logrando, en vergonzosa alianza con gran parte de las élites políticas dominantes, socavar los aspectos comunitaristas y solidarios de la vida social, para reemplazarlos con el egoísmo, el individualismo, el consumo y la acumulación. Este



capitalismo no solo no es humanizable, sino que se opone a todo aquello que pretenda construir humanidad desde la bondad y el interés común.

Mientras las élites tradicionales quieren agrietar aún más el contrato de convivencia queriendo rebobinar Chile porque carecen de un proyecto de futuro, las y los populares asumimos la tarea de presentar un horizonte de seguridades, certezas, cambios estructurales y solidaridad.

Tenemos la oportunidad de retomar la iniciativa. El partido Popular debe ser una fuerza política abierta, no de resistencia, sino que aproveche las oportunidades del ciclo actual para cumplir con las tareas de convertirse en fuerza de gobierno y construir pueblo. Se trata de construir una organización democrática y popular, territorializada, feminista, diversa y capacitada para involucrarse activamente en el cambio histórico de nuestro tiempo.

En esas condiciones, una fuerza transformadora no es la que se limita a repetir “que se vayan todos”, sino la que libra un combate cultural, institucional, intelectual y electoral para ganarles la credibilidad y la dirección social a los actores tradicionales y conservadores ante los cambios. Reducirnos a una fuerza exclusivamente de impugnación, o cuyas posibilidades de éxito tienen que ver sólo con la proliferación de manifestaciones, nos costaría perder el objetivo y encerrarnos voluntariamente en un margen del tablero y a olvidar que la construcción de pueblo es una tarea militante, paciente y cuidadosa de federar aspiraciones y demandas en torno a un proyecto compartido generador de esperanzas y certezas, un horizonte nuevo para nuestro país.

Una irrupción plebeya en el Estado supone un desborde popular en toda la institucionalidad que lo sostiene. Para los de arriba incorporarse a las instituciones puede tener que ver con protocolos y corbatas, con mantener el poder porque sí. Para nosotros y nosotras se trata de que las instituciones funcionen, que el protagonismo popular no sea un discurso aprendido para vociferar desde balcones, sino que sea una práctica cuyas voces y manos no estén predeterminadas. Así podremos precipitar los cambios que necesita nuestro país. Somos plenamente conscientes que un gobierno transformador no es omnipotente, sino que se encuentra rodeado de actores poderosos, de inercias y límites estructurales que condicionan su margen de acción pero ello no es motivo para renunciar ni para trasladar a la movilización todo el peso del cambio histórico: hay que atreverse a gobernar, sin dudas, repliegues o complejos, sabiendo que esto siempre se hace en condiciones no elegidas, nunca idóneas. Y aún así hay que hacer camino, transformar, redistribuir, democratizar y recuperar las instituciones para la gente, sin renunciar.

La crisis social por indignidad y política por desafección que hoy nos aqueja, mucho más que previsible, era inevitable; y es que una sociedad que cambia y demanda con más radicalidad de lo que las instituciones estatales tienen capacidad de agenciar, ciertamente es la fórmula perfecta para la pérdida de legitimidad de esta racionalidad hegemónica. Las instituciones agotaron su diccionario para operacionalizar las demandas sociales, encontrándose hoy en un estado de no retorno y al arbitrio de la pugna entre sociedad y mercado.



Ante tamaño desafío solo resta una reflexión: hasta este momento la acumulación y gestión de poder mediante acciones políticas institucionales, ha descansado en una estructura política monolítica. Hoy por hoy, cualquier grieta que esta estructura presente —y es que ya las presenta—, abrirá una real chance para una fuga del monopolio del poder y una verdadera posibilidad para que a los pueblos no solo se les permita soñar con vivir bien, sino también con ejercer el poder y recuperar el derecho a significar nuevamente aquellas palabras otrora conculcadas.

El momento histórico que vivimos, requiere que tomemos posición, exige la claridad sobre el desde dónde pensamos nuestro proyecto político y con quiénes. Ante esta pregunta, no puede obviarse la coyuntura política, marcada por la desesperanza y la desilusión por ver que los cambios y transformaciones comprometidas no se han concretado, que la crisis económica nuevamente la está pagando la gente y que la crisis de legitimidad de las instituciones se profundiza. Estos hechos nos sitúan rápidamente con la gente común, con las urgencias ciudadanas, con los de abajo que han sido excluidos de las instituciones y del poder, con la mayoría ciudadana que no es la minoría privilegiada del 1% de nuestro país.

Tenemos la convicción de que un proyecto emancipador debe apostar a construir su fuerza con la gente común a través de organización popular, con juntas de vecinos, uniones comunales, clubes deportivos, organizaciones sociales, territoriales, sindicales y estudiantiles, organizaciones feministas, medioambientales y por la diversidad, promoviendo organización allí donde hay dispersión, disponiendo colectividad donde quieran imponernos la individualidad; no romantizando su rol en el ciclo de transformaciones, sino que asumiendo lo necesaria que es la organización popular en la disputa por el poder y por tanto, la responsabilidad nuestra como militantes es aportar al fortalecimiento de ellas, no suplantando sino que articulando las diversas expresiones y demandas sociales.

En el objetivo de cambiar Chile y construir un país más justo y digno, nos encontraremos sin duda, con otros y otras que desde diversos espacios buscan contribuir al mismo esfuerzo, somos conscientes de que no basta con nosotros y nosotras, no pretendemos ser peregrinos en el desierto ni constituirnos en una vanguardia sin pueblo. Es necesaria una articulación que desborde al entramado político-institucional, para construir una unidad ciudadana que vuelva irreversible los cambios Chile necesita, con protagonismo popular y democracia radical. Es tiempo de recuperar la ilusión.
